

La Esfera Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 598.

MURCIA 13 DE OCTUBRE DE 1901

EL ANÓNIMO

El que escribe un anónimo para injuriar y calumniar, y más si es un ser débil á quien se dirige, ni tiene sana conciencia, ni su corazón es noble, ni puedo pasar de la categoría de ruin y miserable.

Es, pues, un enano entre los enanos de la chismografía, un chismoso en el grupo de los soberbios, un ser prostituido, cuya alma tiene su asiento en el fango de la envidia.

Es el verdugo de su misma honra, porque *la baba* que despide para el cielo le moncha la cara.

No se atreve á tirar la piedra, cara á cara, porque es cobarde, porque teme ser conocido por los que, honrados, le despreciarían, por que la fealdad de su alma le impone miedo.

Es un villano vestido de máscara. Hasta las labanderas le ganan en dignidad y vergüenza; porque éstas, en medio de sus trabajos y faenas, tienen el valor suficiente para arrastrar las consecuencias diciéndose, cara á cara lo que piensan, sienten, quieren ó saben; pero lo dicen.

El que injuria ó calumnia por medio del anónimo, es un ladrón de honras, que obra con premeditación, ensañamiento y alevosía. Su causa está juzgada por la opinión pública.

La pena de muerte moral, sin apelación y sin indulto.

Puede equivocarse el escritor público; puede su pasión llevarlo más allá de donde debiera de ir; con intención ó sin ella puede zaherir, molestar, injuriar, calumniar...

Pera dá su nombre y se resigna á sufrir las consecuencias en los tribunales de justicia ó en otros sitios y de distintos modos

El que estas cosas hace por medio del anónimo, es un canalla, es un la-

drón de honras que obra con premeditación ensañamiento y alevosía. Su degradación no tiene rival. Está juzgado.



RAYOS

—Yo quiero ser concejal aunque me cueste los cuartos.
—Bien dice el refrán que hay gustos, chico, que merecen palos.

—Yo quisiera alcanzar...

—¿Qué?

—El turrón de la cucaña.
—Pues con *puntos* como usted no se regenera España.

—¿Puede hacerme un buen retrato?
—¿Cómo lo quiere?

—Señor, ostentando aquí en el pecho una condecoración.

—¿Que cruz tiene usted?
—Ninguna, pero usted hará el favor de prestarme una cualquiera.

—Aunque se la preste yo, usted no podrá lucirla.
—¿Pues, hombre ¿por qué razón?

—Porque para ello el Gobierno á usted no le autorizó.

—¿Pues cómo se ha retratado con la condecoración un regidor de mi pueblo?

—Hombre, porque al regidor ese... la cruz le habrán dado...

—Lo que es por talento, no, y la prueba es que en el pueblo todos le llaman melón.

—Quieren quitar los consumos.

—¿Y por qué quitarlos quieren?

—¿Por qué? Pues... porque consumen al pobre contribuyente.

VICENTE RUBIO.

REMEMBRANZA

Vi papeles en los balcones y senti deseos de subir. Quería refrescar mi alma, rejuvenecerme con los recuerdos de mi adolescencia, transcurrida en aquella casa hacía mucho... ¡mucho tiempo!

Portera, ¿me deja usted ver el piso desalquilado?—pregunté á la vieja que permanecía empotrada en el zaquizamí como un molusco en su concha.

—Es el tercero, derecha,—dijo,—entregándome la llave.

Y en cuanto comencé á subir la escalera, empinada y oscura, que tantas veces sirvió de trampolín á mis ágiles piernas de muchacho, se despertaron en mi memoria multitud de sucesos que yo creía muertos.

Sentía horrármese veinte años de existencia, y hubiese querido ponerme de un salto en el piso tercero... Cuando llegué al primer rellano, me pareció escuchar aún la voz de mi vecinita, de mi primera novia, la que esperaba todas las tardes detrás del ventanillo mi vuelta de clase, para entregarme billetes perfumados y clave es rojos que traía prendidos en la trenza.

Al pensar en ella, la emoción agarrotaba mis pies con fuerza irresistible, y me golpeaba el cerebro un mundo de ilusiones perdidas.

Cuando llegué al tercer piso, abrí la puerta y entré. Casi todo era nuevo y limpio, como si la mano del hombre hubiese triunfado de los estragos del tiempo.

Recorri con orientación segura el pasillo que conducía al cuarto de juego, á «la leonera», como la llamábamos todos, y si que aquella habitación estaba igual que antes. En las paredes, agrietadas y sucias, se advertían aún las huellas de muñecos disformes, pintorrajados por mis

hermanos, y la ventana abierta dejaba llegar á mis oídos las alegres canciones que subían del fondo del patio, como un himno de vida y de juventud.

Después contemplé absorto las habitaciones de la calle: la sala, que no se abría en mi tiempo más que en los días solemnes, ó para recibir á alguna visita de cumplido; el gabinet de mi madre bendita, bañado por el sol que extendía sus rayos de oro hasta el centro de la alcoba. Crucé por allí de puntillas, como hacía cuando era niño, para no despertarla... y sentí asomarse el llanto á mis ojos.

Salí de nuvo al pasilló, y ante la puerta de mi cuarto de estudio me detuvo largo rato el miedo á los recuerdos. Resurgían á mis ojos los libros amontonados en la mesa, las cortinas blancas que velaban el dormitorio, y colgados en la pared, entre viejas molduras, los retratos de mis parientes, clavando en mi sus ojos tenaces, animados por el pincel con un soplo de vida.

Cuando penetré, fuí reconstituyendo en la imaginación todo el tiempo transcurrido en aquel cuarto, donde entré niño y salí casi hombre... Señalaba, sin vacilaciones, el sitio de cada mueble, y creía percibir el tic tac monótono con que acompañaba el reloj mi desesperante soledad en las horas de estudio.

Por fin, dirigí mis ojos á un rincón del cuarto, velado por la sombra; allí había escondido, durante mucho tiempo, los secretos y las ilusiones de mi alma infantil. El último ladrillo del ángulo ocultó los primeros pitillos, las cartas amorosas, las novelas prohibidas, las flores mustias...

Y al encontrarme solo, en medio de tantos crimines inocentes y tantas alegrías muertas, caí de rodillas y me puse á besar con recogimiento aquella sepultura...

